

Casó las dos partes del billete y miró al hombre que hacía girar en sus manos un sombrero antiguo como él. La mujer pidió un café.

- Doble y negro, que la noche viene larga como una serpiente.
- Descafeinado - dijo él atiplado.

“Vamos a la trastienda, que esto no es asunto para cualquiera. Y de tus orejas, te cortaré una, que dos son demasiadas para escuchar esto”, susurró la Cabiria agarrando del brazo a aquel esmirriado.

Se sentaron frente a frente en una mesa cojitranca, ante los restos de un mural que, en su origen, recreaba el busto de una morena con clavel en el pelo y pasión en los labios. Luego, la humedad había devorado la obra hasta hacerla desaparecer casi del todo. Nunca hubo presupuesto para esa pared semioculta con cajas de cerveza. A los nuevos dueños no les importaba lo que un autor anónimo plasmara con sus pinceles.

La Cabiria mareó dos terrones de azúcar en la taza. Su cucharilla era un tornado. El visitante soplabá su descafeinado sin atreverse a dar un sorbo. El sombrero descansaba en un sillón desvencijado.

- Mira vejestorio: cuando viniste, la historia que te interesaba aún no había sucedido. Ya cantaban lo de La Lirio y La Zarzamora pero de mi madre lo mejor estaba por llegar. A mí, ya se me daba que había algo especial en un marinero que siempre me traía algún pañuelo, pero que eso no eran más que ronroneos de gato astuto para acercarse a mi madre. Aquel hombre era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni viejo ni joven. Pero aquel hombre era un hombre como Dios los hace cuando quiere hacer hombres de verdad. Tenía modales, pero era un hombre. Sonreía, pero era un hombre. Canturreaba y también se atrevía a marcarse unos pasos, pero era un hombre. Y mi madre, que sabía recogerse la punta del mandil y con dos peinetas y una pizca de fijador para las ondas se armaba un mundo con aquella melena, al principio recelaba de servirle café, con dolor de hembra burlada por el mal nacido que fuera mi padre, pero conforme pasaba el tiempo, según yo amontonaba pañuelos, fue abriendo de nuevo la puerta que pensó tener sellada a cal y canto.

La Cabiria cierra los ojos y musita: “mi madre, con aquella cintura como si no hubiera parido, mi madre, con cuerpo de guitarra y carita de copla...”

- Sigue, sigue, Cabiria... ¿qué pasó? – le invita a continuar el viejo temiendo que a su informante le dé un patatús.

- Tranquilo, que de aquí no saldrás sin lo que has venido a buscar, que la Cabiria cumple.

La historia sumaba un capítulo cada tres o cuatro meses. El marinero, apenas tocaba puerto volvía por allí, a ronronear café tras café en la barra. La Cabiria, que ya tenía edad para entender lo que decían las mejillas sonrojadas de su madre, saludaba al recién llegado y se hacía cargo de la clientela. Mientras, el marinero y su madre, después de compartir café y quitarse pudores, se contaban en esa misma trastienda lo que no cuentan las palabras. La gente comenzó a murmurar. La Cabiria quería salvar la honra de su madre sin honra. Aprendió a decir tacos a los borrachos y a despejar el local chasqueando la lengua y haciendo pitos con los dedos.

La madre de la Cabiria faltó de allí una temporada. Cuando regresó, llevaba un niño en los brazos. Nadie creyó que fuera el sobrino, hijo de una hermana que murió de sobrepeso. Nadie creyó que aquel chiquillo con mofletes de miga de pan no tuviera algo que ver con aquel marinero. Pero para entonces, la Cabiria tenía mucho mando ya. “La que cae una vez, vuelve a caer. Y el crío sin bautizar”, dijo el cura a los que jugaban con él la partida. La Cabiria, que servía en otra mesa, se volvió con alma de trueno y, con un kirieleisón de taconazo cogió la jarra y le volcó una lluvia de vino en la tonsura. “Y ahora, si tiene algo bajo la sotana, mándeme al infierno, que con gusto iré por no estar en el cielo con un cagacirios que roba lo que dejan las beatas en el cepillo”.

- Y desde aquel día nadie volvió a dudar, ni tan siquiera con el pensamiento, de la honra de mi madre – remató La Cabiria.

- ¿Y qué fue del marinero, Cabiria...? ¿También la abandonó...?

- Cállate bocazas – le cortó. Y continuó: “el marinero se marchó en un buque cafetero, con promesa de amor y dejando puesto a mi madre este anillo que ahora va en mi mano. Iba a

regresar cuando la faena estuviera hecha, a reconocer lo hecho y casarse con ella, pero nada de un casamiento de madrugada y a escondidas. Sería una boda con tanta fiesta que los tablaos de toda Andalucía se convertirían en serrín. No es delito quererse sin faltar a nadie, me contó mi madre que le dijo cuando salió hacia el puerto. Pero la mar no entiende de amores ni promesas. Y pasaba el tiempo sin noticias del marinero. Y mi madre ya no sabía qué bata ponerse para disimular la tripa. Y menos mal que una parienta de la Bizcocha se la llevó a un cortijo haciéndola pasar por una viuda que había perdido al marido por un tiro desviado en una cacería. Cuando mi madre volvió con el crío, todo Cádiz estaba enterado de que el barco del café no regresaría jamás.

- ¿Y el chico...? ¿Estudió Bellas Artes...? Alguien me contó hace un tiempo...
- ¡Ay que hablas sin saber lo que dices...! – casi gritó la Cabiria. Escucha: mi hermano era un ángel con alas en los dedos. Él pintó en esta pared lo que el agua se tragó. El pobre, vino al mundo con billete para el cielo. Aún no tenía doce años cuando una fiebre se lo llevó. Y, para mí, que estaba escrito que por aquí volvería hecho sal el marinero de los cafés, para abrazar a esa morena en vez de pudrirse en el océano.

La Cabiria se fue al mural llevándose al hombre casi arrastras. Allí, pasó su dedo por lo que quedaba de la chica y, lleno de tierra gris lo metió en la boca del viejo.

- Chocho inútil... dime si esto no te sabe a café y a ola de mar.

El hombre escupiendo asintió.

- Pues ya está todo contado – zanjó la Cabiria. Y ahora, largarse de aquí tú y tu sombrero, que si hace treinta años eras poca cosa, ahora que estás más seco que mojama se me retuercen las tripas de imaginarte en bañador como vi a Burt Lancaster en aquella película.